

El amor más grande

El viaje de Olga



1. Zagreb – Osijek (278 km)
2. Osijek – Budapest (251 km)
3. Budapest – Osijek (251 km)
4. Osijek – Zagreb (278 km)
5. Zagreb – Viena (360 km)
6. Viena – Budapest vía Veszprem (315 km)
7. Budapest – Komarom (96 km)
8. Komarom – Viena (167 km)
9. Viena – Núremberg (500 km)
10. Núremberg – Múnich vía Passau (420 km)
11. Múnich – Dachau (16 km)
12. Dachau – Erfurt (389 km)
13. Erfurt – Buchenwald (24 km)

Total: 3.349 kilómetros

1

Miré alrededor con los ojos como platos por el asombro. Había agua por todas partes. Ésta cubría toda la planta baja de nuestra pequeña casa y subía hasta el primer escalón de la escalera. Con cuidado metí un pie en el agua: estaba helada. Volví a subir unos escalones.

—¡Hay agua en la casa! —grité emocionada.

—¿Olga?, ¿qué dices? —contestó mi madre desde el piso de arriba.

Oí sus pasos en el rellano. Bajó las escaleras y se acercó adonde yo estaba hasta que se detuvo al ver el agua y dejó escapar un gemido. Parecía a punto de echarse a llorar.

No podía creer lo que estaba viendo. ¿De dónde venía toda aquella agua? Tenía que ser del Sava, del Kupa o del Odra, los tres ríos que convergían en mi ciudad natal de Sisak en Yugoslavia. Mi casa fue una de las muchas afectadas por las inundaciones de aquel día de 1926.

Para los niños aquello era una diversión de lo más excitante —no hubo escuela para los mayores y nos pasamos el día fabrican-

do canoas improvisadas, navegando por las calles y saludando a los amigos—. Para una niña de 3 años como yo era difícil imaginar nada más emocionante.

Pero para los adultos fue un lastre, una carga familiar. Los ríos que se unen en Sisak, a 55 kilómetros al sureste de Zagreb, venían muy bien a los negocios de la ciudad, pero siempre fueron una amenaza para su seguridad hasta el punto de que aún hoy quedan pocos edificios que no se hayan visto afectados por las inundaciones aparte del castillo que fue construido durante la Edad Media en una de las zonas más elevadas del casco antiguo.

Es comprensible que mis padres maldijeran el agua cuando se pusieron a limpiar. Mi padre Josip Czepf tenía motivos especiales para sentirse compungido, pues había comprado madera de buena calidad de la fábrica local para revestir las paredes del comedor y el agua había empapado la parte de abajo de todos los paneles. Como la humedad subía con rapidez decidió que nos trasladáramos a una zona más elevada y buscó hasta encontrar una casa con un comedor lo suficientemente grande como para llevarse sus revestimientos de madera.

Era un hombre escrupuloso que trabajaba como contable en una fábrica local, y estaba decidido a salvar su inversión. Además, era consciente de la desilusión que se llevaría Slava, mi madre, que trabajaba en el departamento de Ventas de la misma compañía.

Se conocieron ocho años antes cuando mi madre trabajaba como traductora en la refinería Shell en Caprag, un suburbio de Sisak, y mi padre era empleado del departamento de Cuentas. Ella era una mujer alta y muy atractiva, y con sus penetrantes ojos verdes y su energía juvenil desde el primer momento llamó la atención de Josip. Él también era alto, y tenía una cabellera oscura y leonina, bigote y unos profundos ojos marrones que le daban una presencia

imponente. Se casaron cuando ella sólo tenía 19 años y yo nací al año siguiente, el 20 de marzo de 1923.

Sisak era una ciudad tranquila y nuestra familia acudía regularmente a la Iglesia católica de la Santa Cruz en cuyo coro cantaba mi madre.

Muchos parientes de mi madre vivían cerca de nosotros —en la propia Sisak o en granjas de los alrededores—. Su madre Amalia nos visitaba con mucha frecuencia. Era una mujer alta y elegante, y le encantaba venir a verme, no así a su yerno Josip, con el que tenía continuas trifulcas por cualquier tema desde la casa hasta la economía.

En 1929 yo tenía 6 años y la familia disfrutaba de una situación bastante desahogada, tenía una casa cerca del centro y en terreno elevado. Empezaba a hacer amigos en la escuela del barrio y me llenaba de orgullo cuando mi madre venía a recogerme. Era tan guapa que destacaba entre el resto de las madres. Todas las miradas se volvían hacia ella, y en cuanto alguien preguntaba, yo me apresuraba a decir:

—¡Es mi madre!

Con el tiempo la salud de mi abuela empezó a debilitarse. Era una mujer independiente y vivía sola, pero aquel año sufrió un infarto que le dejó paralizado el lado izquierdo e hizo que le fuera imposible valerse por sí misma de modo que hicimos los preparativos para que se viniera a vivir a casa.

Aunque a mi padre no le gustaba nada la idea, no había otra opción y la abuela se instaló en una habitación de la parte trasera de la casa. Ahora bien, el infarto no había afectado a su lengua y el conflicto entre mi padre y ella se reavivó casi en cuanto llegó y fue una constante.

A pesar de todo yo disfrutaba de su compañía y a menudo me refugiaba en su cuarto para leerle en alto a cambio de lecciones de alemán.

Si creíamos que nuestra mala suerte había acabado con el infarto de la abuela, estábamos equivocados. La caída de la bolsa de Wall Street ocurrió al otro lado del mundo, pero las consecuencias llegaron hasta Sisak. La familia de mi madre perdió muchas de sus inversiones y los precios de las granjas se desplomaron. Igual que les ocurrió a muchas personas en los años de entreguerras, nuestra familia de clase media acomodada se encontró de repente viviendo en circunstancias bastante apuradas.

Las tensiones entre mi padre y mi abuela eran cada vez mayores. Alguien tenía que acabar cediendo y así fue.

Un día mi madre volvió a casa del mercado y se encontró la casa en silencio. Fue a la habitación de la abuela y vio que dormía plácidamente. Pero ¿dónde estaba Josip?

En la cocina encontró una nota con su letra diciendo que estaba harto de cuidar de su suegra, que las peleas continuas se habían hecho insostenibles y que se marchaba. Sólo se plantearía volver si cambiaban las circunstancias.

Mi madre salió a la calle consternada con la nota en la mano como si esperara encontrar a su marido fuera. Preguntó a los vecinos, pero nadie lo había visto. Le buscó en la fábrica, pero sus compañeros no sabían nada de él. Regresó a casa desconsolada y me encontró charlando con la abuela. Josip había desaparecido sin más.

Esta dramática circunstancia familiar me pasó inadvertida pues aunque mi madre se planteaba desconsolada el dilema de cómo sobreviviríamos, para mí mi padre siempre había sido una figura distante y severa, y me aferré de buena gana al calor de la familia de mi madre. Seguí con las lecciones de alemán en la habitación de arriba y varios parientes nos ofrecieron apoyo económico, aunque la mayoría de las veces mi madre era demasiado orgullosa para aceptarlo. Pero a mí me gustaba nuestra nueva vida.



Mi madre y yo cuando tenía 2 años.

Mi tío Drago tenía un restaurante a orillas del río Kupa frecuentado por algunos de los ciudadanos más distinguidos de Sisak. Había barbacoa a diario y en cuanto terminaba la escuela corría hacia el restaurante para comer la cabeza de cordero que el tío Drago guardaba para mí. A él le hacía mucha ilusión verme aparecer por allí, porque en la familia eran todos hijos varones y yo era la única niña.

A pesar de sus incansables esfuerzos, mi madre no lograba encontrar a mi padre. Nos había dejado sin dinero y era imposible solicitar una manutención sin averiguar su paradero.

Siguió trabajando en la fábrica, pero ninguna de las asistentes que contrató para cuidar de la abuela y de mí duró demasiado. Finalmente mi madre dejó su empleo y decidió dedicarse al bordado para ganarse la vida. Sabía coser, podía trabajar en casa y sobre todo yo podía ayudarla. Así pues, con apenas 7 años aprendí el arte y las complejidades del bordado.

En 1930 todavía no había electricidad en las casas de Sisak de modo que trabajábamos hasta altas horas de la noche a la luz de una lámpara de aceite que colocábamos sobre un armario para evitar que prendiera las telas. La lámpara proyectaba una luz amarilla sobre la larga mesa en la que cosíamos. Yo me sentaba sobre una cacerola que poníamos encima de la silla para llegar a la altura de la mesa, e iba

cosiendo un extremo de la tela mientras mi madre bordaba el otro. Aprendía bastante rápido y pasábamos el tiempo charlando como viejas amigas mientras trabajábamos, con la cabeza cerca de la tela y los dedos moviéndose con rapidez a la luz de la lámpara. En algún momento de la noche hacíamos un descanso para comer un sándwich de salami antes de volver a ponernos con la aguja.

Pero la vida no era sólo trabajar. Otro de mis tíos tenía una granja a las afueras de la ciudad y a menudo le ayudaba a llevar comida a sus empleados en una calesa. Con la fusta alentaba los caballos para ponerlos al galope y en la calesa se notaba el traqueteo que provocaban los caminos de tierra mientras yo me agarraba como si me fuera la vida en ellos. De repente hacía parar a los animales y nos deteníamos delante de algún granero o portón. Entonces yo saltaba con un paquete de comida en la mano y corría a dárselo al capataz. El olor rico y cálido del salami de los paquetes me hacía la boca agua y envidiaba a los jornaleros por su comida.

En invierno el paisaje se cubría con un manto de nieve y la cara se nos quedaba helada mientras los caballos levantaban una tormenta blanca a su paso. Mi tío me envolvía en una estola de pelo de zorro antes de salir, y como le decía a mi madre:

—¡Me siento tan especial sentada en la calesa con mi abrigo de piel!

Como muchos niños de aquella época, tuve que crecer deprisa. Pronto empecé a encargarme de hacer la compra para la familia en los mercados de la calle, regateando el precio del queso, de los huevos, de la fruta, de las verduras y hasta el de los pollos vivos. Aprendí que para comprobar la calidad de los pollos lo mejor era colocarlos y pisarlos y cuando me veían los tenderos me tomaban el pelo y me decían:

—Es que eres demasiado lista, Olga. ¿Por qué no compras este viejo pollo escuálido?



Mi padre y yo alrededor de 1925.

Los domingos mi madre y yo íbamos a misa y después tomábamos pollo de Maryland y tarta de manzana. Cuando hacía buen tiempo, entre abril y octubre, hacíamos picnics en el campo. Nos sentábamos en la hierba y mi madre me enseñaba a hacer collares de margaritas mientras me contaba historias de su juventud.

En 1933 nuestra vida ya tenía una rutina arraigada, sin lujos, pero con lo suficiente como para sobrevivir. El hecho de que en Berlín a 1.200 kilómetros de nosotros Adolf Hitler acabara de ser nombrado canciller alemán nos era completamente indiferente. Puede que la noticia despertara agitación entre la diminuta comunidad alemana en Yugoslavia, pero ¿qué efecto podía tener sobre nosotros? Nuestra vida diaria ya nos daba suficientes cosas en las que pensar —el resto del mundo tendría que arreglárselas solo—. Sin embargo, aquel año tuve que enfrentarme a un nuevo problema.

Tenía apenas 10 años cuando una noche, mientras estaba inclinada sobre los encajes, me di cuenta de que me costaba ver con claridad. Las puntadas parecían flotar ante mis ojos. Los bordes estaban borrosos y los colores se mezclaban. Pestañeeé y me froté los ojos. Era como si tuviera motas de polvo, pero frotando sólo empeoraba la sensación.

En las semanas siguientes mi vista degeneró rápidamente y cada vez me dolían más los ojos. Cada pestañeo era un calvario.

El doctor del barrio me mandó a un especialista en Sisak que también se vio desbordado por el caso y me derivó a una clínica de Zagreb. Según le dijo a mi madre:

—Allí tienen mejor equipo y medicinas. Podrán ayudarles.

Mi madre pidió hora para varias consultas y cogimos el tren para recorrer los 55 kilómetros que nos separaban de Zagreb. El tren era algo completamente nuevo para mí, un mundo lleno de sorpresas. Los campesinos se subían con el ganado en brazos o atado con una cuerda. Todo el mundo llevaba grandes cantidades de comida y vino en enormes botellones que se rompían fácilmente con el traqueteo del tren o cuando daba tumbos y los golpeaba contra un lado del vagón, desatando los lamentos y las recriminaciones de sus propietarios.

La mayoría de ellos se dirigían a los mercados de Zagreb, mientras que mi madre y yo íbamos a la clínica. Me emocionaba el bullicio y las multitudes de la ciudad, pero a pesar del optimismo del médico de Sisak, los especialistas de Zagreb tampoco pudieron dar con la causa de que mi vista fallara. Intentaron varios tratamientos, pero mi condición no remitía, y lo que en un principio era ilusión por ir a Zagreb no tardó en convertirse en miedo: mi mundo estaba desapareciendo poco a poco.

—¿Me voy a quedar ciega, mami? —le pregunté.

—Claro que no: los médicos te van a curar —respondió ella, ocultando su preocupación y preguntándose de dónde llegaría la ayuda.

Los gastos del transporte y el tratamiento eran una enorme carga para mi madre, que además de contar con pocos ahorros se había quedado sin ayudante para las labores de bordado. No tuvo más remedio que vender sus joyas y muebles más valiosos.

Me pusieron unas gafas oscuras que me protegieran los ojos, que estaban muy débiles, dejé de ir a la escuela y pasaba gran parte

de mi tiempo sentada en una silla a la entrada de la casa, escuchando cómo jugaban los demás niños. Atrás quedaban los tiempos de correr hasta el restaurante de Drago para comer cabeza de cordero y montar en calesa con mi tío. Ahora vivía en un mundo de oscuridad y sin apenas horizontes.

Tenía mucho miedo. Para un niño perder la vista es un panorama aterrador, y lloraba a menudo al pensar en mi futuro. Mi madre estaba desesperada. Habíamos acudido a los mejores especialistas de Zagreb y estábamos prácticamente arruinadas. Si ellos no podían curarme, ¿quién lo haría?

La ayuda llegó por casualidad.

Una mujer que estaba visitando a unos familiares en nuestra calle me vio sentada en mi silla con las gafas oscuras y me preguntó que qué me ocurría.

Cuando se lo expliqué la mujer, que se presentó sencillamente como Sra. Brun, pidió examinarme los ojos. Los repasó con cuidado, sacó una pequeña lupa del bolsillo, y los siguió estudiando.

—Creo que sé cuál es el problema —dijo.

—¿Lo sabe? —contesté.

—Sí, creo que sí. ¿Está tu padre o tu madre?

—Mi madre está dentro —dije mientras saltaba de la silla y entraba corriendo en la casa.

La Sra. Brun le explicó a mi madre que creía que el problema era que tenía dos filas de pestañas en lugar de una, dolencia que en la actualidad se conoce como distiquiasis. Además, una de las filas estaba creciendo hacia dentro y me rozaba la córnea, lo que en términos médicos se llama triquiasis. El párpado estaba dañando continuamente el blanco de mis ojos y haciendo que sangrara. En la actualidad todavía es algo bastante raro, pero en aquella época prácticamente nadie lo conocía. Por si fuera poco, es difícil de diag-

nosticar porque la segunda fila no suele tener pigmentación y apenas se distingue.

Afortunadamente la Sra. Brun pensaba que era un caso tratable. Volvió dos veces y me quitó las pestañas con aceite y pinzas. Era muy doloroso y recuerdo que hubo momentos en los que sollozaba y me preguntaba si me curaría con tanto dolor. Sin embargo, al cabo de una semana ya veía mejor y podía pestañear con normalidad y sin dolor.

La Sra. Brun volvió a verme y parecía satisfecha con la mejora. Le di las gracias efusivamente y mi madre le ofreció todo cuanto podía para pagar sus servicios, lo cual no era mucho, pero la Sra. Brun rechazó el dinero y simplemente nos deseó lo mejor. Nunca más la volvimos a ver.

No solíamos recibir correspondencia en casa, así que cada vez que llegaba una carta nos hacía temblar de emoción. Esperaba el correo con verdadera ilusión y ansia infantil, mientras que mi madre lo vivía con los temores propios de un adulto, temiendo que fueran malas noticias o exigencias de pagos.

Un día llegó una carta de Zagreb. Tenía una caligrafía cuidada y bonita, y traía noticias muy especiales para nosotras. La remitente era Helga, una amiga de mi madre que trabajaba en la oficina central de correos en Zagreb. Mientras ordenaba correspondencia unos días antes había encontrado un sobre dirigido a nombre de «Josip Czepf» y pensó que podía ser mi desaparecido padre.

Helga había apuntado la dirección y mi madre dio instrucciones a un abogado de Sisak para que averiguara si en efecto se trataba de Josip y en tal caso entablara acciones legales para reclamar los cuatro años de manutención que nos debía.

No tardamos en descubrir la verdad. Mi padre estaba trabajando de director de Contabilidad en una fábrica de asfalto de Zagreb llamada Res y vivía con una rica judía húngara llamada Ilona Ungarl.

Los procedimientos legales se desarrollaron con rapidez y el tribunal de la familia de Zagreb dio orden a Josip de que pagara los cuatro años de manutención, además de una pensión. La suma total era elevada y Josip nunca perdonó a mi madre que emprendiera medidas legales.

Sin embargo, aquello nos facilitó mucho la vida en Sisak. Pude regresar a la escuela y el dinero que llegó de mi padre podría significar que la suerte se había puesto de nuestro lado.

Sin embargo aquel invierno de 1934 el frío se ensañó con nuestra ciudad, heló algunos tramos de los ríos y la abuela cayó enferma. Yo apenas tenía 11 años y no podía hacer otra cosa que presenciar el ir y venir de los médicos. Escuchaba las fuertes pisadas en las escaleras y las conversaciones entre murmullos en el umbral de la habitación. Nadie me decía qué estaba pasando pero de algún modo sabía que la abuela iba a morir.

A principios de diciembre las temperaturas cayeron bajo cero. El campo estaba cubierto de blanco y había estalactitas en las vigas del techo de todas las casas. El 3 de diciembre mi abuela entró en coma en su habitación de casa.

Me llevaron a verla. La vieja mujer estaba pálida e inmóvil con los ojos cerrados. Nunca más me hablaría en alemán ni me preguntaría qué tal el día en la escuela, ni siquiera maldeciría a mi padre por su ineptitud. Le acaricé la mano, sentí su piel, fina como una oblea, la fragilidad de sus huesos y la besé suavemente en la frente.

Tres días más tarde, el 6 de diciembre de 1934, la abuela Amalia murió a los 72 años. De acuerdo con la tradición local el funeral

se celebró al día siguiente. La familia se reunió y entre los bancos abarrotados de la iglesia pude ver a Drago y a mi tío granjero, que había acudido a toda velocidad en su calesa, además de muchos primos.

Después de la misa todos vinieron a casa y las habitaciones se inundaron del rumor de charlas entre adultos. Yo iba de un grupo a otro hablando con la gente, escuchando palabras de condolencia y captando trozos de conversación.

Al entrar en una de las habitaciones oí a mi madre decirle a su amiga Anna:

—¿Sabes, Anna?, tengo la sensación de que yo seré la siguiente en irme.

—¡Calla! —respondió Anna—. Ahora que se han acabado los problemas con Josip y después de la enfermedad de tu madre puedes empezar una nueva vida. Deja de hablar de la muerte si sólo tienes 33 años. Tienes que vivir por tu hija.

Entonces notaron mi presencia y se volvieron sonrientes.

Más tarde cuando la mayoría de la familia se había marchado Anna se quedó. Mi madre me dio una baraja, me senté con ellas y me puse a repartir las cartas. Entre el calor de la sala y todas las emociones del día no tardó en vencerme el cansancio y me quedé dormida en el suelo. Pero seguí escuchando partes de su conversación entre sueño y vigilia.

Llegado un momento mi madre dijo en tono de confesión:

—Me preocupa que Olga nunca se case. Es tan flaca y feúcha...

Aquel comentario me hizo mucho daño. ¿De veras era tan fea? Después de aquello pasé varios días mirándome al espejo y examinando mis labios, mis ojos y mi pelo oscuro. Si era tan fea como decía mi madre, ¿qué futuro me podía esperar?

En julio de 1936 Sisak disfrutó de una ola de calor. Los niños salían a jugar a la orilla del río, y los más osados hasta se metían en el agua fría, mientras que otros se divertían en la calle o se iban a hacer picnics al campo con su familia. Las terrazas estaban llenas de gente, y los hombres aprovechaban para pasar el día holgazaneando y bebiendo.

Para las mujeres el tiempo ofrecía la oportunidad de hacer la limpieza de primavera y el 20 de julio mi madre decidió dedicarse a las alfombras de la casa. Las sacó fuera para colgarlas de la valla y empezó a golpearlas hasta que la cubría una nube de polvo.

—¡Olga! —dijo en un momento. Cuando me acerqué hasta donde estaba me dio unas monedas—. Ve a comprar un poco de leche.

Cogí el dinero y salí de casa corriendo, encantada de tener una excusa para disfrutar del calor y ver a otra gente. Para entonces ya tenía 13 años y de camino a la tienda me iban saludando los comerciantes y tenderos que me conocían de la compra semanal.

—Olga, ven a gastar tu dinero aquí —decían. Yo les sonreía y saludaba mientras seguía caminando hacia la lechería. Luego paseé lentamente por las calles familiares, saludando a la gente, charlando con mis amigos y parando a jugar de vez en cuando.

No me di mucha prisa en volver a casa, pero cuando ya regresaba, me crucé con una vecina que parecía preocupada.

—¡Corre, ve a buscar al médico! —gritó—. Tu madre está muy mal.

Solté la leche y fui corriendo a buscar al médico, que me acompañó a casa. Los vecinos habían metido a mi madre dentro y la habían recostado en la cama. El médico le tomó la temperatura y se volvió hacia mí:

—Ve a buscar a tu tía Tonka, ¡rápido!

De nuevo, salí corriendo y con una sensación parecida a la que tuve con mi abuela, de que los mayores no me decían toda la verdad.

La tía Tonka, cuñada de mi madre, vino conmigo a casa, pero cerró la puerta al entrar en la habitación para hablar con el médico y me dejó fuera. Les escuché susurrando al otro lado de la puerta hasta que Tonka apareció y me llevó a la sala de estar.

—Tu madre está muy enferma —dijo—. Tiene neumonía y hay que llevarla al hospital de Zagreb; allí tienen mejores medicamentos que en Sisak. —Recordé entonces que ya había escuchado esas palabras y que al final no fueron ciertas.

Cuando llegó la ambulancia vi cómo sacaban a mi madre de casa, luego la metían con cuidado en la parte trasera y salían lentamente calle abajo. La tía Tonka se quedó conmigo, pero apenas dijimos nada.

—Tu madre está gravemente enferma; los médicos aún no saben si sobrevivirá —me explicó.

Estaba destrozada. Entre mi madre y yo había un vínculo más fraternal que de madre e hija, una cercanía forjada durante las largas noches que pasamos trabajando juntas en nuestros bordados y en los picnics de verano en el campo. Mi madre me cuidaba y me quería. Sin ella, ¿qué me quedaba? Nada.

Aquella noche lloré y recé.

—Sólo tengo 13 años. Por favor, no te la lleves —susurraba en la oscuridad.

Al día siguiente llegaron noticias terribles. Tonka dijo que no podía quedarse a cuidar de mí, porque tenía que trabajar y atender a su familia, y que me tenía que ir a vivir con mi padre a Zagreb hasta que mi madre se recuperara.

¿Mi padre? No lo había visto desde los 6 años cuando nos abandonó. La simple idea de volver a encontrármelo me aterrizaba.

Esta vez el viaje en tren a Zagreb no me hizo ninguna ilusión; en esta ocasión me provocó aprensión. Tonka me acompañó y cuando llegamos a la estación nos estaba esperando una pareja. Me presentaron a mi padre después de siete años. Con la crueldad típica de la adolescencia, me negué a decir hola. Junto a él estaba una mujer bajita, rechoncha y sosa, muy diferente a mi alta y elegante madre. Era Ilona Ungarl. Josip tenía 41 años e Ilona, 49, pero ambos me parecían terriblemente viejos comparados con mi joven madre.

Un coche con chófer nos esperaba a la puerta de la estación. Nadie abrió la boca durante el corto trayecto hasta la casa de mi padre, que estaba situada tras los muros de la fábrica donde trabajaba.

Parecía como si en aquel breve trayecto mi vida hubiera cambiado de forma irrevocable. No tenía amigos en Zagreb ni primos ni tíos amables, sólo el muro que me rodeaba.

La vida en la casa de Zagreb era rigurosa y formal. Es más, vivía con desconocidos. Mi padre se mantenía distante, estaba claro que no le apasionaba la idea de tener que cuidar de una rebelde de 13 años, y a Ilona parecía molestarle todo cuanto yo hacía.

Me dieron una habitación pequeña en la parte trasera de la casa con una ventana que daba a los tristes muros de la fábrica. Estaba ansiosa por que mi madre se recuperase para retomar nuestra feliz vida en Sisak. Mi padre pasaba todo el día trabajando e Ilona me llevaba de tiendas. La conversación era forzada y tampoco yo hacía esfuerzos por ocultar mi indiferencia ante la nueva mujer en la vida de mi padre. Pasaba las tardes sola en mi habitación pensando cómo estaría mi madre, pero cuando preguntaba a mi padre respondía bruscamente:

—Si me entero de algo, te lo haré saber.

El 27 de de julio de 1936, mi primer sábado en Zagreb, mi padre sugirió que fuéramos a casa de unos amigos a tomar café. Íbamos en silencio en la parte trasera del coche hacia la casa de los amigos cuando pasamos delante de un hospital donde estaba convencida de que estaba ingresada mi madre, aunque todos en el coche parecían empeñados en mirar hacia otro lado.

—¡Ahí está el hospital! —grité—. ¡Bajemos a preguntar cómo está mi madre!

—¡Oh, vamos! —dijo bruscamente mi padre—, llegaremos tarde al café, nos están esperando.

Me hundí en el asiento desbordada por la tristeza. Quería ver a mi madre y nadie me dejaba. ¿Por qué? Mis temores crecían a cada instante.

El lunes por la mañana mi padre me hizo llamar a la sala de estar. Las cortinas estaban parcialmente echadas y proyectaban sombras profundas en la habitación. Tras un largo silencio mi padre me confirmó lo que tanto temía: que mi madre había muerto el sábado por la mañana.

En medio de la conmoción intenté recordar lo que hicimos aquel día. Si hubieran parado el coche, podría haberla visto por última vez, podría haber estado con ella y haberla cogido de la mano. Estaba demasiado alterada y furiosa como para llorar. Cerré los puños y lancé una mirada de odio a mi padre. ¿Cómo pudo ser tan cruel?

La cosa no había acabado allí. El funeral se celebraría ese mismo día, pero mi padre no estaba dispuesto a ir. Mi «madrstra», como él llamaba a Ilona, me llevaría en su lugar. No podía creer lo que estaba oyendo. Después de todo lo que le había hecho a mi madre ni siquiera tenía la decencia de ir a su funeral.

—¿Por qué no vienes al funeral? —le pregunté.

—Eres demasiado pequeña para entenderlo.

—¿Has avisado a la familia de mi madre para el funeral?

—No.

Salí corriendo de la sala llena de resentimiento e ira. Todavía no he sido capaz de olvidar la frialdad de mi padre aquel día.

Por la tarde me vestí con cuidado y me uní a mi «madrastra» y a dos de sus amigas. Me acompañaron hasta el ataúd antes de que empezara la misa y lo abrieron para que viera a mi madre por última vez.

No podía creer que fuera ella. Su cabello, fino y oscuro, del que tanto se enorgullecía, estaba completamente cano y aunque sólo tenía 35 años la enfermedad la había dejado vieja y demacrada.

Cerraron el ataúd con rapidez pero exigí que lo volvieran a abrir para despedirme. Acerqué los labios al oído de madre, acaricié su cara y le susurré:

—Adiós, te quiero.

Me aparté del ataúd y sentí la mirada de las tres mujeres sobre mí. Estaba sobrepasada por emociones distintas —pena, rabia, desconsuelo— pero no era capaz de llorar. Más tarde escuché cómo Ilona les comentaba a sus amigas:

—Olga no tiene corazón. No ha llorado por su madre, así que ¿cómo puedo esperar que sienta nada por mí?

Unos días después mi madrastra y yo viajamos a Sisak para recoger mis pertenencias y vaciar la casa. La familia de mi madre estaba consternada y furiosa por el hecho de que no les avisaran del funeral y porque en ese momento recibían la noticia de su muerte.

Drago me abrazó contra su pecho:

—Mi chiquitina, ¿qué va a ser de ti? —dijo—. En el peor de los casos, entre todos te mantendremos hasta que termines la escuela.

Todas nuestras pertenencias se vendieron rápidamente. Se me rompía el corazón al ver los preciosos manteles y las fundas de almohada bordados, en los que mi madre y yo habíamos trabajado tanto, vendidos por prácticamente nada.

—¿Puedo guardar algo para llevármelo a Zagreb? —le pregunté a mi madrastra.

—No —respondió—. No necesitas nada. Cuando necesites algo te lo daremos.

Me despedí de la familia y de los lugares que habían dado forma a mi infancia, y me marché llevándome únicamente mi ropa.

Cuando fui a decir adiós a mi tía Tonka puso un anillo con un diamante solitario en mi mano y me susurró al oído:

—Era de tu madre. Ella querría que lo tuvieras. Ten, cógelo.

Me metí el diamante en el bolsillo y volví junto a mi madrastra para emprender el viaje de vuelta a Zagreb. Ya en el coche me giré por última vez para contemplar Sisak y a la gente que había conocido y querido durante toda mi vida. ¿Volvería a verles?

No lo haría mientras estuviera en manos de mi padre. En cuanto llegamos a la casa de Zagreb me llevó aparte y me dijo:

—Sisak es tu pasado. Tu nueva vida está aquí en Zagreb. Tendrás una vida distinta. Ya no serás pobre. Tendrás todo cuanto necesites. A partir de ahora, quiero que llames «madre» a tu madrastra, pues ella se ocupará de ti.

No le contesté. Simplemente salí de la habitación con su mirada clavada en mí.

En la vida llamé «madre» a Ilona.